

ESTRATIGRAFIA E INTERPRETACION HISTORICA DE LA CAMPA TORRES (1991-1994)

José Luis Maya, Francisco Cuesta

La continuada aparición de diversos trabajos en torno a las investigaciones realizadas en la Campa Torres, incluyendo la serie de *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, nos exime de extendernos aquí en mayores detalles sobre las características generales de este poblado. Gracias a ello, nos centraremos en su estudio estratigráfico, perfilado sobre todo en las últimas campañas, puesto que ha sido en ellas cuando se han alcanzado en diversos puntos los niveles fundacionales del castro.

Hemos de hacer notar que precisamente la complejidad estratigráfica, unida a las remociones provocadas en numerosos lugares por los replanteamientos urbanísticos romanos, han sido elementos determinantes en el hecho de que hayamos esperado hasta este momento, en el que disponemos de una información amplia, para la publicación de tales secuencias.

También es evidente que la propia dinámica de las excavaciones nos obligará, con toda seguridad, a introducir posteriores matices y rectificaciones parciales, así como a precisar con mayor detalle las fases intermedias entre los dos grandes momentos prerromanos, el fundacional y el de los dos siglos anteriores al cambio de era; sobre todo tras el estudio sedimentológico aún no terminado. En cualquier caso, y con el objetivo de presentar una interpretación histórica, creemos que los grandes trazos de la vida del poblado ya están definidos.

Para comenzar, hay que dejar constancia de que uno de los mayores problemas que condicionaron nuestra investigación, es la disimetría estratigráfica existente en el yacimiento según las zonas a considerar, que podemos resumir en los siguientes puntos:

1. PROBLEMÁTICA ESTRATIGRÁFICA EN LA CAMPA

En la campá interior, los niveles prerromanos suelen encontrarse revueltos, lo que es fácil comprobar al aparecer en los estratos más recientes no sólo materiales indígenas sino también clásicos y de gran antigüedad: cerámica ática y campaniense, ánforas anteriores a la conquista, *kalathos* ibérico, cuentas de pasta vítrea, etc. Estos materiales salen mezclados con sigillatas de los siglos I-II p.C. o incluso con otros objetos más tardíos y corroboran la hipótesis, expuesta por nosotros en diversas ocasiones, sobre la dificultad de definir el origen y proceso evolutivo

de los castros asturianos en los que o bien aflora la roca madre rápidamente o bien hay una ocupación posterior, esto es romana, que desfigura los momentos más antiguos.

Ello no quiere decir que sea completamente imposible encontrar zonas sin remover y es cierto que poseemos el mejor ejemplo de este hecho en las cubetas de fundición, excavadas parcialmente bajo el suelo natural. Sin embargo, al margen de estas situaciones peculiares, en la campá no es fácil encontrar zonas intactas por encima del nivel basal de arcillas, pero suele ocurrir que algunos paquetes estratigráficos aparecen bajo los suelos de las casas romanas, ceñidos incluso por sus cimientos y sólo parcialmente alterados.

Igualmente debe aclararse que precisamente en la campá es donde menos se ha profundizado estratigráficamente, salvo en sectores muy concretos, dada la existencia de viviendas que hay que conservar y la prioridad que concedimos a las investigaciones en la muralla, mucho más rentables desde el punto de vista de la calidad del registro prerromano.

2. LAS ESTRATIGRAFIAS DE LA MURALLA

Es en la muralla donde contamos, por ahora, con la única estratigrafía clara, que nos permite reconstruir el proceso histórico de la Campa Torres. Sin embargo, aquí, la complejidad en dimensiones y duración del yacimiento hace que sea necesario recurrir a diferentes lecturas estratigráficas, cuya interrelación de resultados permitirá una visión global del marco histórico del yacimiento, entre las cuales destacaremos:

Sector XX:

Comenzaremos con este sector occidental (fig. 1), en el que, en líneas generales, han podido reconocerse siete estratos, de los que los dos superiores corresponden a niveles muy probablemente removidos y estratificados a favor de la pendiente actual, a diferencia de los más profundos, lo que indica su carácter moderno y su formación cuando no contaban con el apoyo de la muralla antigua, a la que sobrepasan. En ellos, aparece material disperso, romano e indígena: ánfora Haltern 70, dos monedas romanas de Tiberio, correspondientes a acuñaciones municipales de Turiaso, sigillata, etc. Es

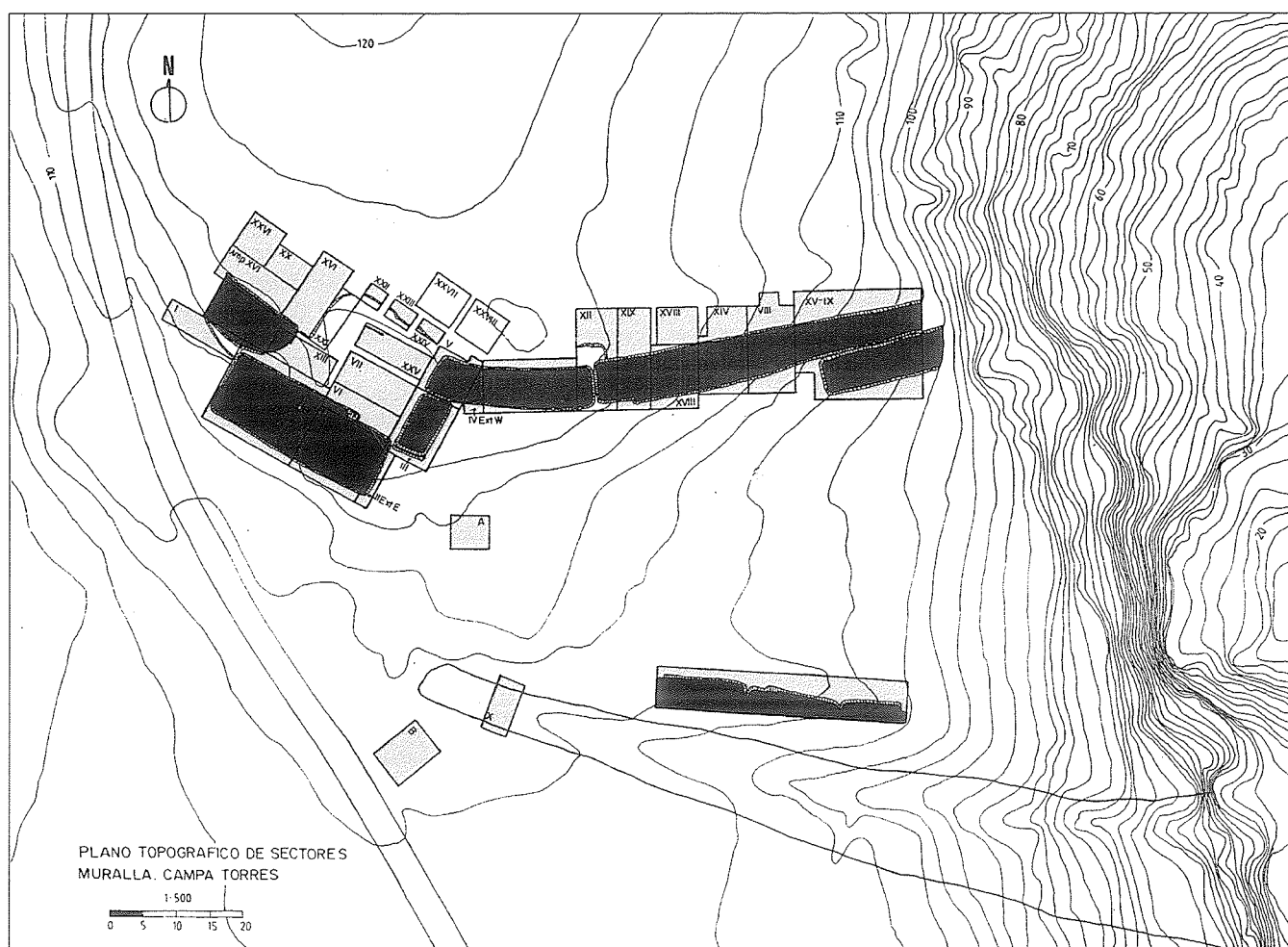


Fig. 1.—Zona de defensas de la Campa Torres. En trama oscura las murallas y en clara y con números romanos los sectores de excavación.

de destacar que, a pesar de esa remoción, el material aportado corresponde sobre todo a las últimas fases del poblado¹ (fig. 2).

El estrato III:

En espera de que los análisis sedimentológicos clarifiquen el proceso de formación de esta capa de gravas, su aspecto es el de un nivel de arroyamiento, que puede marcar procesos deposicionales tras el abandono definitivo del castro y la pérdida del derrumbe de la muralla, que protegía las capas inferiores y que, sin duda, fue deslizándose

por la pendiente. Cuenta con ciertos materiales significativos, como un laciforme y cadenillas en 8, además de una cerámica a torno, de engobe anaranjado y pintura de líneas rojas, posiblemente de tipo tardorromano, lo que confirmaría el desplazamiento de las capas superiores.

El estrato IV:

Es el que denominamos inicialmente “1.º nivel de cenizas” y es un estrato negro y compacto, que se apoyaba en la muralla y que, en consecuencia, decrece en potencia a partir del contacto con ella.

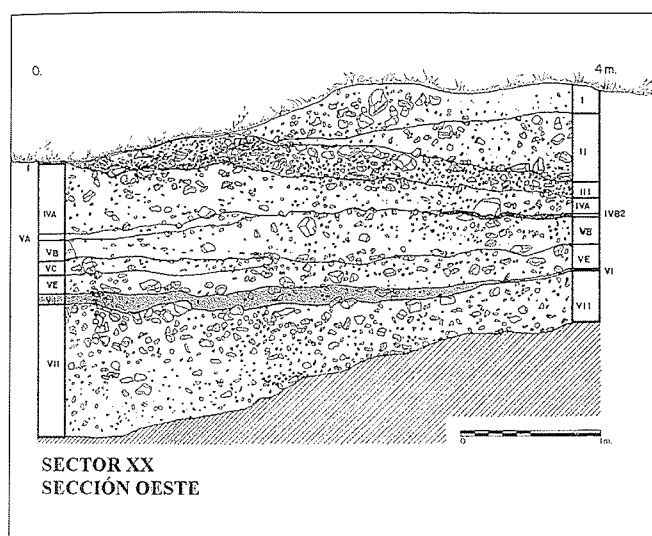


Fig. 2.—Sector XX. Corte estratigráfico del lado Oeste, perpendicular a la muralla.

Su variado material es ya exclusivamente indígena, destacando los restos relacionados con trabajos de fundición: crisoles, tobera, desechos; las piezas metálicas: pinzas de depilar, agujas y laciformes en bronce y las cerámicas: *ker-nos*, retícula bruñida, zig-zags incisos, etc.

Cronológicamente pertenece a los siglos II-I a. C. por correspondencia de este estrato con su equivalente en otras zonas, como veremos después, además de la fechación del inmediatamente inferior.

Estratos V y VI:

Constituyen un nivel de habitación, que creemos delimitado por el suelo de la capa VI, arenosa, plana y de unos 5 cms. de grosor, de disposición artificial y limitada a una extensión que coincide con la de los diferentes niveles habitacionales superpuestos (VA, VB, VC y VE). Cuenta con un hogar en arcilla, abundantes huesos, espinas de pescado, un ganchito en hierro, cerámicas incisas con espigas y zig-zags o con decoraciones bruñidas, bordes incisos, recipientes de asas horizontales, crisoles, parte de una tobera, laciformes, pinzas de depilar, etc.

Estamos, en consecuencia ante diferentes niveles ocupacionales de una zona de habitación, de cuya parte superior proviene la datación UBAR-371, de 2250 ± 50 B.P. con fecha calibrada en dos sigmas entre 393-192 a. C. y

cuyas mayores probabilidades, a una sigma, apuntan al siglo III a. C.

El estrato VII:

El denominado “2.º nivel de cenizas” es una capa negra y compacta, dispuesta sobre la roca natural y correspondiente al momento inmediatamente posterior a la fundación de la muralla, que aquí se alza directamente sobre la roca natural, la cual ofrece un aspecto dentado a causa de los pliegues de los estratos, por lo que fue preciso rellenar los huecos para conseguir estabilidad.

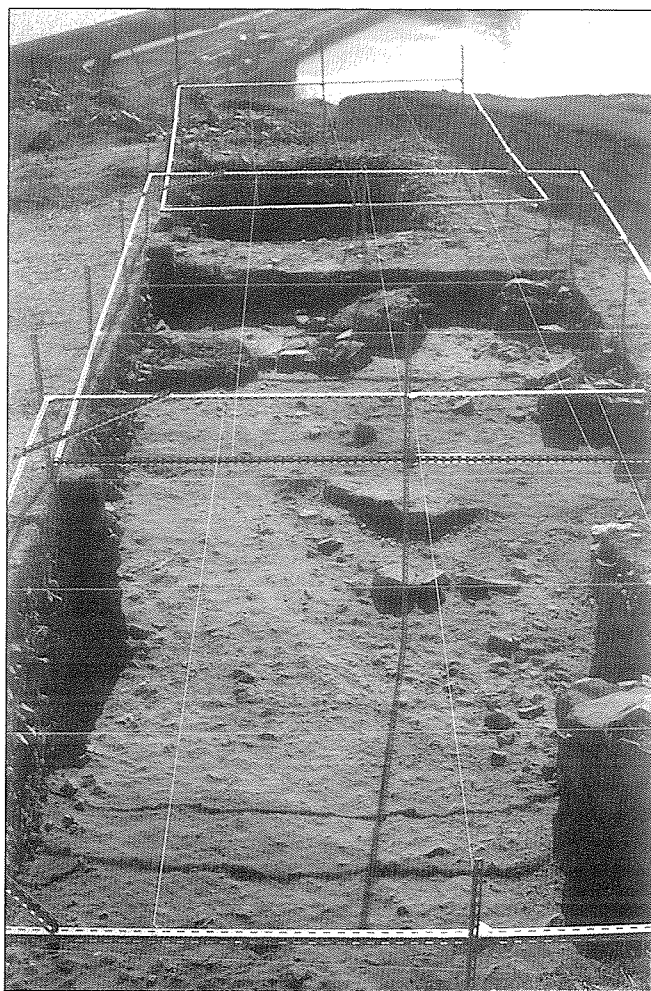


Fig. 3.—Sectores XII, XIX y XVIII de la muralla durante el proceso de excavación en 1991.

Abunda en carbones y contiene escasas cerámicas lisas y una de ellas con incisiones en espina de pescado, restos de fundición, una fibula de doble resorte, medio pasador en T, fragmentos de calderos con remaches y fauna y restos humanos, en concreto una mandíbula.

Tipológicamente lo habíamos fechado por la fibula a lo largo de finales del VI y el V. a. C., lo que se confirma ahora mediante la datación radiocarbónica de los niveles superiores situada entre el III-IV a. C. Esta fecha se verá corroborada posteriormente en el sector XVIII con nuevos datos radiocarbónicos.

Para concluir con la interpretación de esta cuadrícula hemos de destacar que, en líneas generales, permite documentar una buena secuencia estratigráfica de todo el conjunto prerromano y aunque es tentador suponer que los materiales romanos de los dos estratos superiores marcan la continuidad con los anteriores, pensamos que no puede establecerse esta continuidad, a causa de la disposición de los propios estratos, por lo que dichos objetos deben encontrarse en posición secundaria y haber sido arrastrados de niveles superficiales situados en la zona más alta.

Sector XVIII:

El sector XVIII se encuentra en la ladera opuesta, la oriental y tras la zona reacondicionada por el paso de ronda, lo que parece tener importantes consecuencias a la hora de analizar las discordancias estratigráficas respecto al sector XX (fig. 4).

Estrato I:

Tras un nivel superficial de unos 0,25 m. de potencia, aparece una gruesa capa, formada esencialmente por voluminosos bloques de cuarcita, algunos de ellos claramente tallados y que corresponden al derrumbe de la muralla.

Estrato II:

Tiene escasa entidad y en parte contacta con el subyacente 1.º nivel de cenizas y en parte con el inicio del derrumbe de la muralla, con cuya parte inferior coincide. Alberga pocos materiales romanos.

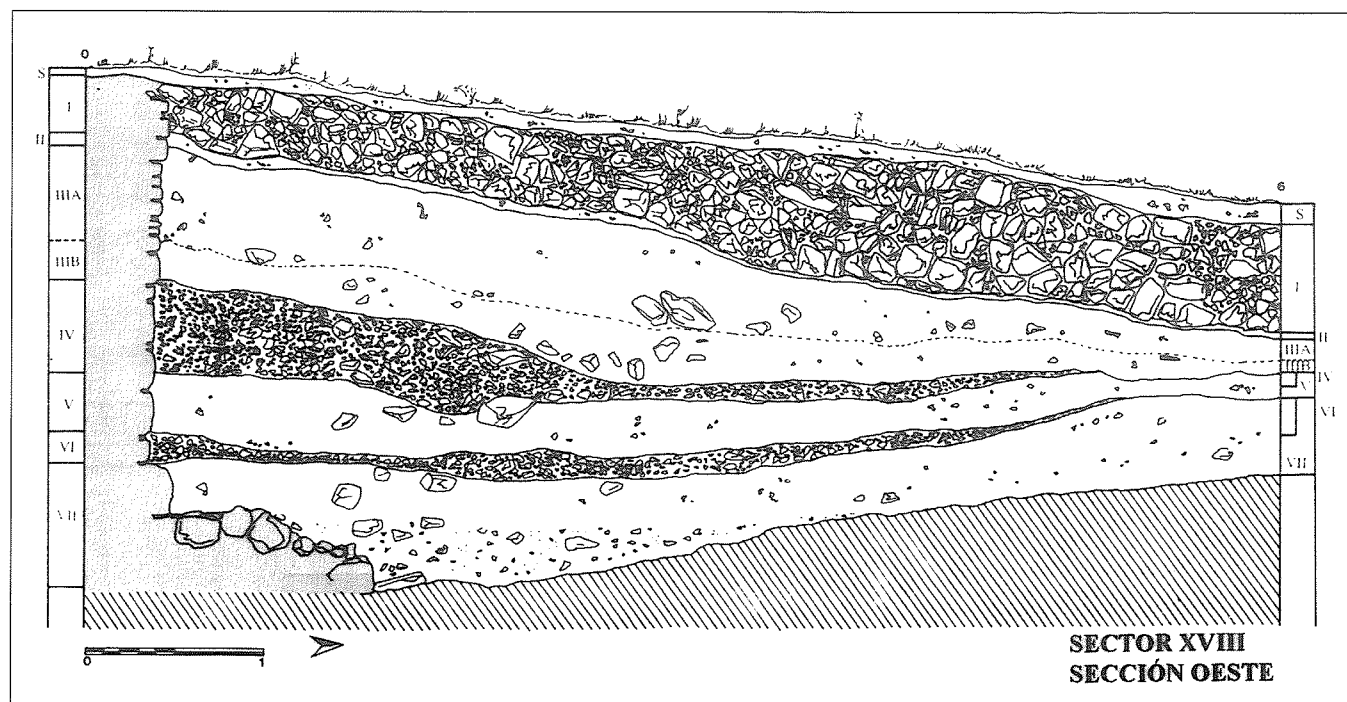


Fig. 4.—Sector XVIII. Corte estratigráfico Sur-Norte, perpendicular a la muralla y apoyándose en ella.

Estrato III:

Se identifica con el denominado *1.º nivel de cenizas* o estrato prerromano más moderno, consecuentemente próximo al cambio de Era.

Se inicia con un nivel grisáceo y ceniciento (IIIA), con abundantes restos arqueológicos, que en profundidad se hace más negro y compacto, incluyendo un posible hogar (IIIB).

Proporcionó la datación UBAR-373 de 2060 ± 50 B.P. equivalente al 46 a. C. calibrada dendrocronológicamente. Su calibración a 2 sigmas, esto es con una verosimilitud del 95,4% se sitúa entre el 118 A. C. y el 56 p. C., pero como sabemos que corresponde a un nivel prerromano es evidente que la cronología debe centrarse en el siglo I a. C. Por si ello no fuera suficiente, en la campaña de 1994, al eliminar el testigo entre los sectores XVIII-XIX el estrato III proporcionó una base de Campaniense A tardía que encaja bien en la primera mitad del siglo I a. C.

Este estrato corresponde a un momento de especial importancia y riqueza material del castro, es potente y con material metálico y cerámico variado y de calidad, entre el que destacaríamos cerámica indígena con asa horizontal, con decoraciones de retícula bruñida o con imitaciones de clavos metálicos, pasta vítrea, piezas de bronce como fragmentos de fibulas de pie alto terminado en torrecilla o en esfera, una hebilla anular en omega, cadenillas en 8 y piezas en hierro como una fibula de La Tène con pie adosado al puente o un enganche de tahalí.

En su parte inferior se plantea un subnivel, representado por un suelo de habitación, sin pavimento definido, aunque situado sobre una preparación más antigua y contando con tres hogares, el más septentrional de los cuales se encuentra decorado con una retícula de incisiones.

Estrato IV:

Es una capa marronácea con bloques de piedra y gravas. Parece una nivelación, que sirviese de base o cimientito al suelo de los hogares citados, entre ellos el decorado. No posee prácticamente restos arqueológicos, a excepción de la zona próxima a la muralla, en la que se encuentran conchas, espinas de erizo marino y numerosas escorias.

Estrato V:

Capa de tierra, con algunas piedras, que substituye al estrato IV, el cual va difuminándose poco a poco en di-

rección Oeste/este. En la zona de contacto entre el estrato IV-V se obtuvo la fechación UBAR-374, de 2095 ± 40 B.P. calibrada radiocarbónicamente en el 96 B.C. y que con la desviación standard de dos sigmas proporciona una franja entre el 194 cal B.C. y 1 A.D. al 95,4% de verosimilitud, siendo su mayor probabilidad a una sigma entre el 159-129 cal BC. Sin embargo podemos hacer mayores precisiones, puesto que, por una parte el estrato superior corresponde al siglo I p. C. tanto por radiocarbono como por las cerámicas clásicas y además cuenta con materiales significativos desde el punto de vista cronológico, como dos fragmentos de un borde de *kalathos* ibérico, fechado entre el 150 y el 80 a. C. y que creemos que define perfectamente el momento de ocupación.

Otros materiales significativos incluyen parte de una urna de borde inciso y decoración de espina de pescado encima y debajo zig-zags rematados en estampillados de círculos concéntricos, un anzuelo de bronce con base retorcida, cadenillas en 8, escorias y abundante fauna marina.

Estrato VI:

Es una delgada capa de grava fina, de escasa potencia y que disminuye hasta desaparecer a medida que se aleja de la muralla siendo absorbido entre los estratos V y VII.

Estrato VII:

Sobre el suelo rocoso natural se aprecia una capa carbonosa de base, que ha de corresponder al incendio del bosque del siglo XI a. C. Encima se construyó la muralla, utilizándose para su fundamentación una sólida banqueta en forma de plataforma de piedras ceñida por un bordillo, complementada por un relleno de grava gruesa y gravilla de cantos rodados de tamaño medio y sobre la cual se depositó una capa de grandes bloques de cuarcita.

Como consecuencia de tal estructura, en la estratigrafía perpendicular a la muralla pueden diferenciarse dos zonas distintas, la de fundación de la muralla y la externa a los fundamentos. Sin embargo ambas zonas están homogeneizadas estratigráficamente con una capa negra superpuesta, el denominado *2.º nivel de cenizas* con restos de conchero en la base y espinas de pescado, numerosa fauna y escasos materiales arqueológicos: un laciforme, plaquitas de bronce decoradas, escorias metálicas, diversas cerámicas lisas a mano y un punzón de hierro descubierto en 1993.

De este nivel de cenizas se obtuvo sobre los huesos de consumo alimenticio que alberga, la datación UBAR-321 de 2460 ± 50 B.P. con calibraciones dendrocronológicas de 751, 734 y 528 B.C. y horquilla entre 764-409 al 95,4%

de verosimilitud a dos sigmas. La mayor probabilidad se encuentra entre el 607-409 cal B.C., concordando con la cronología relativa propuesta para el sector XX, que situamos a fines del VI-V a. C., por lo que ambos siglos parecen correctos.

Respecto a esta lectura estratigráfica y sus implicaciones para la estratigrafía general, hemos de precisar, que la datación del 2.º nivel de cenizas, confirma lo que ya indicaba el sector XX: la antigüedad de la muralla, remontable a los siglos V ó VI. Al respecto, a partir de la fecha C14 podría suponerse una fundación aún más antigua que alcanzase incluso a finales del siglo VIII, pero creemos que no existe material arqueológico que apoye esa posibilidad que ofrece el radiocarbono, por lo que los objetos arqueológicos juegan aquí un papel decisivo como matizadores dentro del amplio margen de la fecha absoluta.

A diferencia de lo ocurrido en el sector XX, tras el momento antiguo se aprecia un bache cronológico concerniente a los niveles de los siglos IV-III a. C. Bache que ya habíamos observado tras el descubrimiento del *kalathos* ibérico y que corroboran las dataciones.

Finalmente habíamos fijado desde el 150 a. C. en adelante la estratigrafía correspondiente a las capas V-I y el radiocarbono vuelve a confirmar ese proceso evolutivo con las fechas sucesivas del 96 y 46 Cal. a. C., situándose en tre medias un claro nivel de habitación definido por los hogares (fig. 5).

Sector XII-XIX:

Es una zona intermedia en la que se producen cambios estructurales, que justifican las diferencias estratigráficas

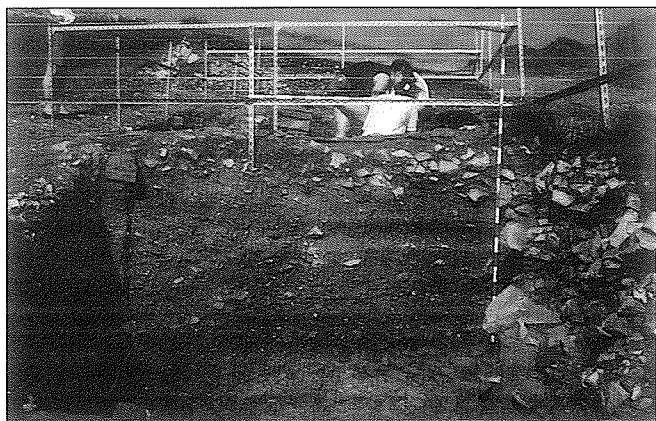


Fig. 5.—Sector XVIII. Corte estratigráfico Sur-Norte.

entre las dos lecturas anteriores. La razón reside en que esta cuadrícula coincide con el final del paso de ronda, que discurría adosado a la muralla y que muere tras superar la unión de sus módulos n.º 1 y 2. A causa de ello, la lectura estratigráfica entre la mitad occidental (sector XII) y la mitad oriental de la excavación (sector XIX) es diferente a partir del estrato III hasta el más antiguo (fig. 6).

Estrato I:

Corresponde al derrumbe de la muralla por lo que, consecuentemente, está constituido por numerosos bloques reueltos y en disminución progresiva a medida que nos alejamos de aquella.

Estrato II:

Nivel romano, de escasa potencia y en contacto directo con el derrumbe. A pesar de lo exiguo, corresponde a un amplio momento cronológico que va desde el inicio de la romanización hasta los siglos IV-V p. C. como por ejemplo un *imbrex*, ánfora, una base de cerámica común a torno y cerámica paleocristiana estampillada con palmetas, lo que demuestra que el derrumbe es posterior a esa fecha.

Todo lo cual, unido a la carencia de estructuras habitacionales, sugiere el escaso uso de esta zona durante la romanización.

Estrato III:

Es el denominado 1.º nivel de cenizas en los otros sectores, con los que comparte iguales características. Posee restos de un hogar arcilloso, aunque sin que hayamos encontrado en esa zona ningún suelo de habitación bien definido.

Es a partir de este punto donde se observan diferencias, pues en el sector XII propiamente dicho se aprecia el condicionante de la estructura de paso de ronda, que minimiza el estrato ceniciento sobre su aterrazamiento (aunque con alguna cerámica inciso-estampada y restos de fundición), siendo más visible al exterior de dicha construcción.

En cambio el sector XIX, el más oriental, no cuenta con paso de ronda, pero pudo sufrir perturbaciones a causa de su proximidad. En la zona de contacto con dicho paso de ronda, el estrato III sobremonta los mampuestos de su revestimiento, lo que implica una mayor antigüedad de la ronda. Igualmente, el hecho de que las piedras caídas del revestimiento del paso de ronda no aparezcan en la estratigrafía, demuestra que cuando se superpuso el nivel ceniciento el muro ya debía estar parcialmente arruinado en este sector, muy posiblemente por la presión del relleno y el desnivel del terreno.

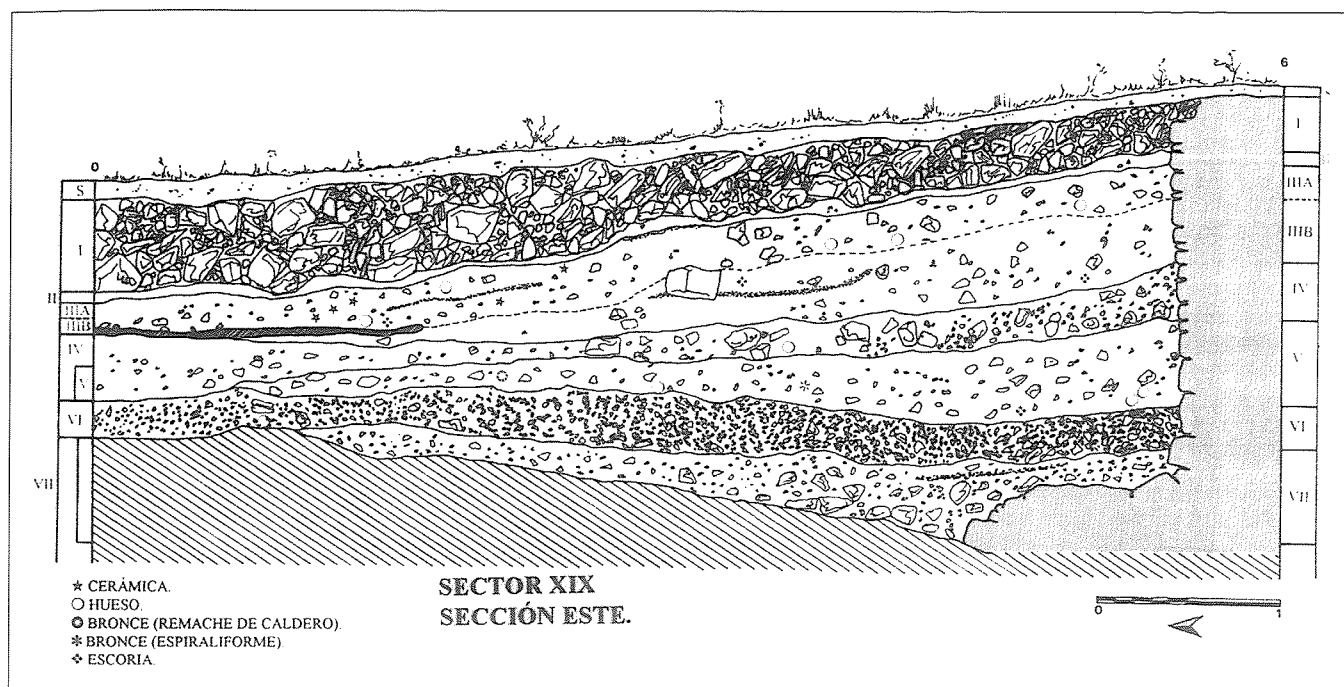


Fig. 6.—Sector XIX. Corte estratigráfico Norte-Sur, perpendicular a la muralla.

Le corresponde la datación UBAR-372 del 1870 ± 310 B.P. es decir del 140 p. C. calibrada A.D. que por su amplio margen de desviación y su atribución a época romana es claramente inservible.

Como refleja en el informe del laboratorio, esta muestra tuvo problemas de análisis durante la etapa de reducción del dióxido de carbono a acetileno, produciendo una pequeñísima cantidad de benceno, por lo que pudo medirse una escasa actividad, lo que desembocó en un gran margen de incertidumbre. Afortunadamente esta muestra es coincidente desde el punto de vista cultural con la UBAR.373, por lo que su cronología ha de ser similar, es decir del siglo I a. C. fecha que lógicamente está incluida en el enorme margen entre el 540 B.C. y 780 AD que concedería un grado de verosimilitud del 94,4% en una calibración a dos sigmas.

Estrato IV:

Capa marronácea, que incluye abundantes piedras, como si se tratase de un aterrazamiento.

Estrato V:

Es un nivel de habitación no generalizado en todo el estrato, puesto que se diluye hacia occidente y el norte. Cuenta con interesantes materiales cerámicos y metálicos, como una espiral doble y un remache en bronce. Debe corresponder al estrato V del sector XVIII, esto es el nivel en el que se encontró un *kalathos* ibérico y por tanto, fechable entre fines del siglo I y mediados del II a. C.

Estrato VI:

Capa arenosa, amarillenta y con gravas, aproximadamente horizontal, que sobremonta igualmente las hiladas del muro del paso de ronda. Su interpretación es difícil, pero debe relacionarse con un momento de prácticas metalúrgicas, a causa de los hallazgos de crisoles y de polvillo metálico (fig. 8).

Estrato VII:

Lo dicho respecto al estrato VII en el sector XVIII sobre la fundamentación de la muralla es plenamente válido.

do para aquella zona más próxima a su paramento interno: es decir, la muralla se apoyaba a lo largo de toda la cuadrícula es una bien definida banqueta fundacional, que discurría en dirección Este-Oeste ceñida por un bordillo y complementada por un relleno de grava gruesa y gravilla de cantos rodados de tamaño medio. Sobre la banqueta va una capa de bloques grandes y por encima, el 2.º nivel de cenizas en la que el material más significativo es un brazalete de tipo La Majúa, abundantes huesos, parte de un conchero y escasas cerámicas lisas (fig. 7).

El resto de la cuadrícula es una masa compacta de cenizas y gravas angulosas, que contactan con el anterior estrato arenoso, siendo su interpretación más difícil, ya que si bien estamos a gran profundidad y sobre el 2.º nivel de cenizas, el material que se halla parece bastante más moderno que él, pues sobre el suelo contamos con crisoles, cerámica de triángulos incisos, una fibula de torre, enganches de tahalí, navaja de afeitar en hierro o un fragmento cerámico raro con impresiones de círculos y retículas incisas.

A pesar de encontrarse a gran profundidad, contactando incluso en algunos puntos con el suelo natural, su cronología no puede ser excesivamente antigua, a juzgar por los hallazgos de dos cuentas de pasta vítrea azuladas, cerámicas con impresiones de círculos e incisiones y un tubito de bronce decorado como el equivalente en la campá, en oro. Por su material y posición inferior al *kalathos* este paquete estratigráfico V-VI, así como su enlace con el VII, puede situarse entre finales del siglo III y primera mitad del II a. C.



Fig. 7.—Sector XII en el que se aprecia como la zapata fundacional de la muralla pasa por debajo de las piedras del muro que ciñen el paso de ronda (a la derecha de la foto).

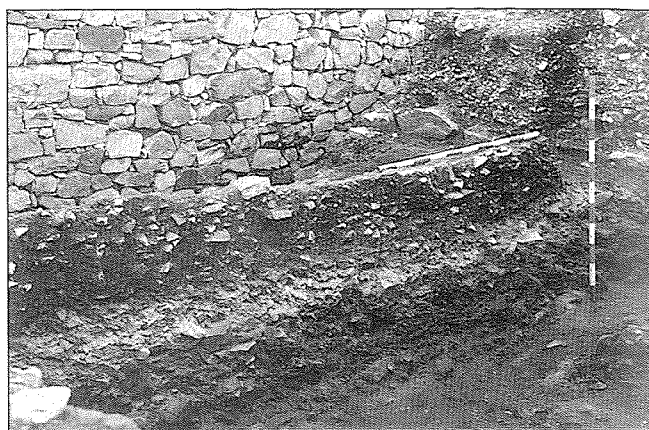


Fig. 8.—Sector XII. Estratos inferiores (Nº 5, 6 y 7). Se aprecia como el nivel arenoso Nº 6 se superponía al muro que ceñía el paseo de ronda.

3. INTERPRETACION CONJUNTA DE LAS ESTRATIGRAFIAS Y MATERIALES

Si sumamos los resultados de las estratigrafías antes descritas podemos resumir la siguiente interpretación.

1. Directamente encima del nivel rocoso natural hay una capa de cenizas, carbones e incluso troncos de árboles correspondiente al incendio del XI A.C., visible tanto delante, como debajo o incluso detrás de la muralla. Se fecha por la datación GrN-18059 de 2885 ± 19 B.P., calibrada dendrocronológicamente en el 1029 A.C., con una mayor probabilidad del 60,8% entre el 1064-1004 A. C. y una calibración entre el 1119-996 para un 95,4% a dos sigmas. La segunda, GrN-10060, es igualmente del 2885 ± 35 B.P. por lo que lo dicho anteriormente es perfectamente válido para ella, dado su mayor margen de indeterminación.

2. Por encima de los niveles de incendio y tras un *hiatus* de varios siglos, se construyó la línea de fortificación principal, a veces sobre la roca viva y a veces apoyándose en una amplia banqueta fundacional.

El nivel más antiguo de habitación, que denominamos en nuestros trabajos de campo 2.º *nivel de cenizas*, se apoya en la muralla y es también carbonoso, con restos de fundición, parte de una mandíbula humana, numerosa fauna paleontológica y malacológica y pocos materiales arqueológicos, aunque significativos: fibula de doble resorte, fragmentos de caldero con remaches, brazalete decorado tipo La Majúa, pasador en T, laciforme, anzuelo de extremo

torcido, cerámicas incisas en espiga o impresas en el borde, asas cilíndricas, etc. Es el que cuenta con la datación UBAR-321, obtenida sobre huesos de animales consumidos por el hombre, con lo que se evitó el riesgo de contaminación, dada la posibilidad una de que muestra sobre carbones correspondiese a niveles prehabitationales. La fecha mínima para esta fase es finales del siglo V A.C., pero cruzando los materiales del sector XX con la datación del XVIII la precisaríamos entre el VI-V a. C.

2. Sobre esos niveles, en los siglos IV y III a. C. como mínimo, hay constancia de una edificación de gran tamaño en el sector XX, con pavimento de arena, alzado en materia perecedera y un hogar en arcilla, además de abundantes restos de alimentación y objetos cotidianos.

3. Mas al este, el paso de ronda constituye una segunda reestructuración de toda la zona entre los sectores XVI y XIX. La reforma urbanística que representa, se ejecuta adosando a la cara interna de la muralla una plataforma horizontal, con gravas y un murete que la ciñe por el norte, con escaleras para poder subir a ella.

Se construye lógicamente en una fase posterior a la muralla y anterior al 1.º nivel de cenizas y los niveles subyacentes del sector XIX, incluyendo el arenoso nivel VI, que se encaja sobre él. Por tanto, debe ser anterior al menos a fines del III-II a. C. Su antigüedad precisa entre los límites V-III a. C. no ha podido ser establecida con plena seguridad, a pesar de haberse realizado una limitada excavación (2*2 m.) dentro del propio paso de ronda. Esta ha demostrado que, sobre el segundo nivel de cenizas y superponiéndose a la banqueta que prosigue debajo de él, sólo hay un relleno de piedras, gravas y arenas, esencialmente estéril, lo que, en principio, podría indicar que la reforma debió ser bastante antigua (¿siglo IV a. C.).

4. El paso de ronda fosilizó en buena parte del yacimiento los niveles más antiguos y debió repercutir en otras zonas próximas, como la oriental, en la que se aprecian rellenos y terraplenes, que continúan su trabajo de consolidación de la muralla, aunque también hay materiales del III-II a. C.

5. A partir de mediados del II a. C. hay nuevos replanteamientos habitacionales, que en parte vienen condicionados por la construcción previa del paso de ronda y la transformación general que le acompaña, además de las remociones que generan los trabajos metalúrgicos. De hecho en zonas como el sector XVIII, carecemos de niveles correspondientes al período comprendido entre los siglos IV y mediados del II a. C., en el que surgen los nuevos hogares (incluyendo el decorado), sobre una nivelación de piedras. Es a partir de entonces cuando se forman diversos niveles de ocupación, en especial el 1.º nivel de cenizas,

típico de fines del siglo II y I antes de la Era, perdurando hasta la romanización. Se trata de un momento muy rico en material arqueológico cerámico, metálico y óseo.

6. La fase romana parece valorar poco el área defensiva. Se abandona la habitación en la zona y el material es menos abundante y de amplio espectro cronológico. Prácticamente no hay un estrato romano de importancia, sino es el propio suelo sobre el que se derrumbará la muralla.

7. Las murallas debían mantenerse en pie, más o menos arruinadas, al menos en los siglos IV-V p.C. a pesar de que el material correspondiente a estas dos últimas centurias es puntual y no apoya una habitabilidad de la envergadura de la de siglos anteriores.

8. Finalmente aparece un potente nivel de derrumbe de la muralla, de fechación imprecisa, pero en todo caso posterior al IV p. C. que marca el definitivo abandono del poblado, el cual en realidad ya debía estar semiabandonado o ruinoso desde finales del III p. C.

4. LAS APORTACIONES DEL INTERIOR DE LA CAMPA

En este recorrido por las grandes fases de ocupación del yacimiento, ya aludimos a que la llanada interior ha aportado hasta la fecha pocos datos estratificados. En contrapartida, es aquí donde mejor se pueden observar los procesos evolutivos urbanos provocados por la romanización.

El punto de partida es el más difuso, pues si bien hay indicaciones sobre la existencia de viviendas indígenas en esa zona, parejas a los procesos de fundición metalúrgica y a hallazgos arqueológicos de gran antigüedad (cerámica griega, ánfora greco-italica, *kalathos* ibérico), las únicas estructuras habitacionales conservadas de tipo indígena, son las dos grandes construcciones circulares con basamento en piedra, a veces con claro poste central y con restos de hogares en su interior. Su cronología inicial es incierta, pues ambas tenían sus pavimentos prácticamente a nivel del suelo actual, separados simplemente por una ligera capa de *humus* y a pesar de poseer abundante cerámica indígena, contaban en el mismo nivel con piezas romanas.

Con posterioridad las casas son ya angulares, siguiendo modelos de plantas sencillas: rectangulares de hogar central y porche delante o cuadrada, a veces con bancos corridos adosados a sus paredes o con habitaciones mayores que envuelven a las anteriores. No sabemos cuando se inician, aunque hay que suponer en el siglo I p. C. pero

sí contamos con datos que apoyan abandonos, reconstrucciones y reaprovechamientos, hasta su desaparición progresiva.

Así por ejemplo, la gran vivienda de los sectores 12/23 se incendió y abandonó definitivamente hacia la primera mitad del siglo III p. C. a juzgar por una acuñación de Julia Domna, esposa de Septimio Severo y madre de Caracalla. En cambio, en el conjunto de habitaciones de los sectores 33/38 hay viviendas rectangulares alteradas, anteriores a un conjunto más tardío, en el que se aprovechan materiales de construcción antiguos, como umbrales de puertas y que se destruyeron ya a finales del siglo III p. C. caso de la vivienda del sector 37/38, bajo cuyo tejado destruido aparecieron dos acuñaciones de Claudio II el Gótico (268-270) y Galieno (253-268), esta última posterior al 257 p. C.

La *terra sigillata hispánica avanzada* de estos sectores, cuyas pastas están siendo estudiadas por Jaume Buxeda, permiten sugerir que las últimas producciones localizadas corresponden a talleres del Valle del Ebro, esencialmente Ritt. 8, Drag. 37, Drag. 15-17 y algunas Drag. 44, Hca. 4 e Hca. 6, situables entre finales del siglo II e inicios del III p. C. aunque con alguna posible perduración.

Todo ello permite establecer una notable diferencia entre el final de la Campa Torres y otros castros occidentales, para los que suele propugnarse una desaparición en el siglo II p. C.

5. CONCLUSION

Sólo hemos expuesto en este trabajo, por cuestiones de espacio, algunas de las estratigrafías y dataciones que consideramos más representativas para dar una idea clara del análisis estratigráfico que se ha seguido en el estudio del yacimiento, ante la necesidad de desmentir las sesgadas interpretaciones de E. Carrocera (CARROCERA, 1994, 213-221) y despejar a los investigadores las dudas sembradas por este autor que, aunque con responsabilidades oficiales, no ha participado ni visitado las excavaciones del yacimiento durante las campañas arqueológicas, lo que puede explicar sus evidentes errores.

Dicho autor, que ignora los cortes estratigráficos, perfectamente visibles durante muchos años incluso desde el exterior de la zona vallada, confunde los trabajos de consolidación de la muralla con las cuadrículas de excavación, esquivando aquellos materiales arqueológicos localizados que no encajan en su cronología, a los que ni siquiera alude en su comunicación al congreso de Oporto, descalifica

unos materiales cerámicos que conectamos con el mundo Soto Medinilla II, diciendo simplemente "... a mi juicio distan mucho de poder relacionarse con el Soto" (CARROCERA, 1994, 215) y carga contra los directores de la excavación y sus conclusiones a base de sus lecturas en los periódicos.

En cualquier caso y para concluir con la infundamentada y gratuita interpretación de E. Carrocera sobre la Campa Torres y la contradictoria posición que nos atribuye respecto a la cronología prerromana del yacimiento, a partir de algunas de nuestras publicaciones y sobre todo de noticias periodísticas, haremos las siguientes puntualizaciones:

Es evidente que el uso de la prensa local: La Nueva España, La Voz de Asturias y El Comercio, no es la fuente bibliográfica científica más adecuada para utilizar como trabajo de consulta y exponer los resultados en un Congreso Arqueológico Peninsular. Si se añade que tales artículos no son firmados por ninguno de los directores de la excavación, sino por diversos periodistas, este uso resulta metodológicamente significativo sobre una manera de investigar.

Por otra parte, la ordenación de tales referencias es igualmente tendenciosa y destinada a crear confusión. Así se cita en primer lugar la serie Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-1990, cuyo artículo sobre la Campa fue redactado en 1991 y se editó en 1992 (la fibula de doble resorte allí publicada se encontró en Noviembre de 1990). En cambio, se cierra la serie de referencias con el libro *Orígenes de Gijón*, que efectivamente también vio la luz en 1992, pero que fue redactado a principios de 1990, fecha que se desprende de la propia lectura del artículo correspondiente a la Campa Torres: "... Hace ya doce años [1978]² que comenzaron las excavaciones en el castro de la Campa Torres" (MAYA y CUESTA, 1992A, p. 40) y del hecho de que no se mencione la fibula de doble resorte aún no descubierta.

Salvo estas dos publicaciones, el resto de las referencias son periodísticas y de autores no relacionados con el mundo de la arqueología, por lo que no sería necesario comentarlas. Sin embargo, vamos a hacerlo, pues aunque en algunas de ellas hay errores de interpretación, lógicos en los no profesionales de nuestra especialidad o errores tipográficos (se confunde en dos ocasiones el siglo VI con el siglo IV a. C.), en líneas generales la información es relativamente aceptable y suele basarse en los datos provenientes de entrevistas con los propios arqueólogos.

En resumen, de la ordenación lógica se deduce que nuestro planteamiento cronológico históricamente es el siguiente:

1. Hasta finales de 1990 los únicos datos absolutamente fiables que nos permitían fechar los niveles prerromanos eran las cerámicas de barniz negro similares a la campaniense y el borde de ánfora greco-italica. Así se refleja en el primer tomo de la Historia de España de Ed. Planeta y en Orígenes de Gijón:

—“Los castros se agrupan por su emplazamiento básicamente en dos tipos, los costeros y los interiores... Uno de los ejemplos más claros es el castro de la Campa Torres, cuyo origen se remonta a momentos anteriores al siglo II a. C. (CUESTA, 1990, 564).

—“La cronología prerromana del primer asentamiento iba avalada igualmente por el hallazgo, mezclado con otros materiales romanos más modernos, de cerámicas campanienses (II-I a. C.), y de parte de una boca de ánfora greco-italica, producción muy difundida por el Mediterráneo durante el siglo II a. C...” (MAYA y CUESTA, 1992A, 46).

—“En espera de los resultados de ciertas dataciones absolutas mediante métodos físico-químicos podemos suponer, gracias a las cerámicas romanas anteriores a la conquista, que el castro estaba edificado al menos ya en el siglo II a. C...” (MAYA y CUESTA, 1992A, 51).

2. A fines de la campaña de Julio de 1991 era un hecho la excavación de buena parte del nivel fundacional del castro en el sector XX, en el que se localizó primero una fíbula de doble resorte y una mandíbula humana y después fragmentos de caldero con remaches de tipo atlántico, lo que nos centraba entre los siglos VI-V a. C.:

—“Este yacimiento arqueológico se sitúa en los inicios del siglo VI a. C. Es el único yacimiento que se está moviendo en el Principado en esta banda cronológica” (La Voz de Asturias, 26-VI-91).

—Según los restos aparecidos en los últimos tiempos la antigüedad del asentamiento de la Campa Torres es muy anterior a la prevista”, ... se creía que se trataba de un asentamiento del siglo II a. C. pero ahora podemos asegurar que se trata de restos de los siglos V ó VI a. C.” (La Voz de Asturias, 26-VI-91).

—“Los arqueólogos aseguraron que ya habían encontrado en la Campa restos que permiten datar el yacimiento en el siglo VI a. C., cuatro siglos más atrás de la datación inicial. En la Campa se vivió entre el siglo VI a. C. y el siglo III de nuestra era (La Nueva España, 26-VI-91).

3. También durante 1991 recibimos los primeros resultados de dos dataciones radiocarbónicas realizadas por el laboratorio de Groningen y que proporcionaron 2885 B.P., es decir el 935 a. C. en datación convencional no calibrada. Ambas se referían al incendio de un bosque anterior a la edificación del castro y en el que algunas especies ve-

getales sugerían a la antracóloga, P. Uzquiano, la posible intervención del hombre sobre el terreno, quizás rozando para conseguir pastos. En cualquier caso, no interferían para la fundación del castro propiamente dicho entre los siglos VI-V a. C.:

—“Se trabajará en la zona más próxima a la entrada del yacimiento arqueológico, donde se han encontrado vestigios de actividad humana en el siglo X a. C. El poblado de la Campa Torres debidamente documentado, data del siglo VI a. C.”.

—“En otro aspecto los estudios de las próximas semanas aclararán la procedencia —humana o no— de un trozo de mandíbula encontrado en la Campa Torres y que según todos los vestigios procede del siglo VI a. C. en una época totalmente indígena” (La Nueva España, 4-VII-91).

—“La muralla de la Campa, que mide unos 150 m., es del siglo IV a. C. [VI a. C.]...”

—Incluso hay indicios de que en el siglo X a. C. ya había un asentamiento en la Campa de Torres. Los estudios de C14 demuestran que en este tiempo hubo un bosque de robles a la entrada de la Campa, este bosque se quemó y encima de los restos se edificó. Este incendio fue resultado de la acción del hombre”.

—“Queremos saber cómo vivían hace 3.000 años y deducir el paisaje (La Voz de Asturias, 17-X-91).

—“El conocimiento de la flora y la fauna permitirá reconstruir la vida en la Campa desde el siglo VI a. C. (La Nueva España, 21-X-1991) [El párrafo siguiente, que no afecta a la cronología inicial del castro, no parece haber sido entendido por el periodista, por lo que prescindimos de él].

—“Gracias a los hallazgos obtenidos hasta el momento, se sabe que, aproximadamente, durante los siglos V y VI a. C. hasta el pasado año se hablaba del siglo II a. C.) un grupo de astures (perteneciente a la tribu de los cilúrnigos, según se supo a través de la lápida de Cimadevilla) llegaron a la costa y se instalaron en el Cabo de Torres, por considerarlo un sitio fácil de defender” (El Comercio, 3-III-1992). [evidentemente el periodista confunde gens con tribu].

—“La Campa de Torres es el lugar donde el pueblo astur tuvo su primer asentamiento a comienzos del siglo IV a. C. [VI a. C.]. Llamado inicialmente “Oppidum Noega”; fue el germen de Gijón” (La Nueva España, 9-IX-92).

—“El nivel indígena es claro en las defensas desde un momento muy antiguo (esto es, siglos VI-V a. C.)” (MAYA y CUESTA, 1992B, 152).

En resumen, parece que una selección y uso adecuado de las fuentes escritas, incluso las provenientes de contex-

tos tan cuestionables como el periodismo, hubiera evitado graves errores a E. Carrocera y a sus inadvertidos lectores, tal y como lo demuestra su contraste con las estratigrafías, la tipología y las dataciones radiocarbónicas.

NOTAS

- (1) Pensamos que posiblemente esa remoción sea relativamente, moderna, en concreto de fines de la década de los setenta o inicios de los ochenta del presente siglo, cuando una máquina excavadora arrasó las últimas estructuras militares contemporáneas, aunque sin profundizar mucho más abajo. Por ello, a pesar de encontrarnos ante un material en posición secundaria, corresponde esencialmente a época romana con escasos objetos indígenas, quizás perduraciones o quizás producto del arrasamiento de los niveles más modernos prerromanos.
- (2) Todos los corchetes y los términos que contienen son responsabilidad nuestra.

BIBLIOGRAFIA

- CARROCERA FERNANDEZ, E. (1994): *Estudio crítico de la cultura castreña asturiana*, en "Trabalhos de Antropologia e Etnologia", 34 (3-4), actos del 1º Congreso de Arqueología Peninsular, 12-18 Outubro, 1993, (Porto, 1994), p. 213-221.
- CUESTA, F. (1990): *Pies de ilustración*, en "Historia de España" dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, I, Ed. Planeta, 1990, figs. 104.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F. (1992A): *El castro de la Campa Torres*, en FERNANDEZ MIRANDA, M. (Ed.): *Los orígenes de Gijón*, Gijón, 1992, pp. 37-52, figs. 15.
- MAYA, J. L. y CUESTA, J. L. (1992B): *Excavaciones en la Campa Torres (1986-1990)*, en "Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1986-1990", Oviedo, 1992, pp. 145-152, figs. 6.